

Triángulo Cartama

Cuento-fragmento-

Cuando llegaron a Támesis, no le dio tiempo a Zalema de mirar el entorno fabuloso, señalándole con el dedo los paisajes, apenas poniendo un pie en el suelo.

Un alud de impresiones sacudió su expectativa. Muy rápido se informaron de la forma de llegar a la Casa de la Cultura y a la peña.

Después de alojarse en un hotel de balcones en el parque, escucharon las artes hospitalarias de Alain, un hotelero generoso en “Vegas del Cartama”, con un sorprendente espíritu monista, percibiendo un Alma sensible y generosa, señoreando en aquel hospedaje al que habían llegado a comparar comodidades y tarifas.

Escribe pronto Kamal, un bello Poema, se dijo interiormente Kamal, y haz de esta belleza un bocado tamesino para nativos y extranjeros.

Algunas ideas preliminares pasaron por su mente como estrellas, que con los minutos y la charla, se volvían ligeras y fugaces, esforzándose por retenerlas.

Sin afanarse en avivar la inspiración para levantar noveles versos, sabía que la musa sería más diáfana en la noche descendiendo a su almohada, devolviendo con los ojos abiertos la película del día.

El místico Kamal, sacó de su tula una libreta, y con poquísimo cuidado en su caligrafía, se contentó con rayar algunas frases tan irregulares como los trazos de su letra.

En ese momento Zalema lo vio más que distraído. Observaba el entorno que le trasmitía un sepulto arcano, la cara del tiempo, híbrido de animal y hombre, el rostro colombiano prehispánico fundido con la tierra.

De repente pensaba en ese instante en un talle desnudo con la gracia de una gacela y en unos labios floridos.

En todas partes la rosa de Colombia embargaba su deseo, cuando veía un rostro que iluminaba por sí solo el corazón y propiciaba la alegría al Alma.

La impresión y sentimientos de acuerdo a Schopenhauer, que producen en la mente el aspecto de un rostro hermoso o un cuerpo estéticamente conformado, es una señal neurológica de la naturaleza humana.

¿Quién no desearía las rosas de otros pueblos, la fragancia de exóticos jardines, el perfume de una flor desconocida que hace sonreír al hombre con su encanto?

¿Quién no desea la luz de otro mundo en otros ojos, probar el almíbar de otros labios, cogiéndolo la alborada sobre otro cuerpo y cantar como un azulillo un verso erótico?

¿No es apetecible morder la carne en una forma definitivamente nueva y acabada de poner al descubierto?

Pero ella sabía que sólo ella podía prodigarle las mieles del amor completo. ¿Habría otra mejor amante que Zalema? ¿Un sendero celeste como ella, una entrega superior a la de ella?

Ninguna virginal y aromática muchacha, sabría prodigarse toda en las artes venusinas del amor, estaba segura que él terminaría siempre bebiendo en su cisterna el néctar ambrosío.

Zalema se había hecho con él experta en la ciencia de los fuegos amorosos, y de la caricia perfecta y del singular beso por todos deseado.

II

Alain, que era un hombre parlanchín como los árabes lo invitó a café. Su nombre, se especuló durante la conversación si era árabe o francés. Preguntó a la pareja cuánto tiempo se quedarían por allí.

Kamal le explicó que la idea era seguir el viaje a Jericó. “*Ese es el pueblo más bonito de Colombia*”, dijo Alain sin egoísmo, y antes de despedirse, le compró a Kamal un libro de Poemas.

La charla demoró hasta entrar la noche y salieron presurosos.

Al llegar de nuevo a su hotel, los dos aprovecharon y salieron a novelar.

Al día siguiente, Zalema contempló con él desde el balcón posterior de aquel hotel de corredores como una encrucijada.

Ambos se quedaron boquiabiertos mirando desde allí paralizados.

Los dos saludaron con el Alma aquella cosa híbrida entre montaña y piedra difícil de alcanzar, los afectos inclinados en muda reverencia ante la insólita maravilla natural.

Jamás habían visto una rareza de roca con una imagen sacra sobre ella, excepto por televisión, la del Cristo Salvador en el cerro Corcovado de Río de Janeiro.

Kamal oyó la risa magnánima de cascadas fabulosas despeñándose por la muralla pétrea, bendiciendo con sus blancos chorros la hermosa parcela tamesina, que vivía feliz al pie de lo que soñaba ser un heteromorfo monolito.

La tristeza cedía espacio en su Alma a la celebración, que llenaba su ser en aquel maravilloso instante, procurando sin lucir descortés ante turistas que salían al privilegiado mirador, no escuchar las voces que hablaban de la historia, para no enturbiar la dicha de aquel descubrimiento.

Era para él recibir una degustación grande de lo magno entre todo lo magnánimo, se sentía igual que los científicos cuando llegan a un descubrimiento, iluminando al mundo con hallazgos impensados.

Imaginó los caminos de bosque tropical húmedo, en un ascenso de seiscientos metros, igual a un pájaro migratorio, que viajaba en busca de la estación propicia desde el valle de Aburrá.

Sentía ya que había subido por los nueve peldaños de la dicha seguro de alcanzar un esquivo paraíso.

Desde allí, sabría si su Alma todavía era capaz de admirarse o se había vuelto indiferente.

La experiencia del asombro humano, era una rara conjunción con lo divino, que inhabilita la lengua para describir todo lo que es.

Siguió ensimismado con la vista, su corazón se abrió con toda la belleza que abarcaba con los ojos, y sintió liberación al saber que el Cielo era una experiencia lúdica del Alma. Sintió un descanso grande semejante a un nirvana.

A su lado, Zalema era una jugadora óptima que podía disfrutar con lo simple y gozar de lo sencillo, estereotipo de mujer jalonada por la gracia, se adueñaba en forma numérica de aquel desafiante recorrido.

Ella, detrás de él, había arribado triunfal a la visión de una tierra prometida, contaba petroglifos y cascadas, en un pueblo productor de dulce artesanal de mora, de excelso café de exportación, donde se celebran las fiestas del cacao.

Absorta junto a él, contemplando la muralla granítica de la montaña que separa a Támesis de Jericó, con la mirada nueva sobre la pétreo cadena montañosa y el valle del Cartama.

Zalema, que observaba no menos admirada que Kamal, le dijo con un gesto de ventura:

— ¡Tenemos que averiguar cómo se sube allá!

— ¡Zalema, ya estamos aquí! —le replicó Kamal.

— ¡Hay que ir acompañado por guías y mejor en tiempo seco! ¡El camino es tortuoso y empinado! ¡De lo contrario, corren el riesgo de saber lo que significan esas huellas mudas de volcánica hecatombe, desparramadas por la zona!

Dijo detrás de ellos amablemente un hombre.

Aquellos dos no querían perder las horas diurnas. Después del almuerzo y descansar un rato, llegaron a la Casa de la Cultura.

Había una tienda de artesanías a la entrada y un Café contiguo y entrando una biblioteca.

Kamal ignoró distraídamente la variedad de artesanías exhibidas, el recuento innumerable de personajes y señores célebres. Allí también le hablaron las crónicas del carriel jericano, de los blancos trazos de los cartamas sobre monumentales rocas negras, la imagen radiográfica del cosmos pintada sobre piedra.

Conocieron a Pomarroza, la directora de Artes y Oficios de la Casa.

Había en toda la edificación que era en ladrillo y patrimonio cultural, un área destinada al museo arqueológico. Era la historia escrita en elementos respetuosamente conservados:

Copas de antiguos rituales de chamanes silenciados, vasijas funerarias, herramientas pétreas que aborígenes manos empuñaron, dibujos que parecían engendrados desde otro mundo, el cráneo de un hombrecillo precolombino, imágenes del tiempo que aniquilaban en su máscara de polvo todos sus enfados y disgustos.

Kamal, después de escuchar la exposición hecha por Juan Pablo, no esperaría una dádiva artesanal para llevarse, más que entregar su corazón al júbilo de la contemplación de aquella magnífica joya arquitectónica.

Mientras tanto, unos turistas franceses bebían café entre palabras alborozas de su lengua.

Cuando pasaron al Café, Pomarrosa dijo a la pareja:

—No gasten afán en salir de Támesis ligero: después de todo este es el pueblo de siempre volver, comparen estos paisajes con los de otros municipios y después juzguen.

Abordaron con ella una conversación literaria, y Kamal dejó fluir el gorjeo de su Alma por un buen rato amenizado con tres tintos.

—Quiero Kamal, que le tomes unas fotos a este Café. Qué música tan linda la que ponen. —dijo Zalema en tono jubiloso.

—Eso mismo es lo que quería hacer.

Ella se alejó un poquito de él que se entretuvo de inmediato con la cámara buscando diferentes ángulos, y se recorrió los pasillos de toda aquella casa antigua conservada con esmero.

—Tal vez cuando salga la mejor foto de uno de estos pueblos, sabremos cuál de los tres es el más bello.

—Una imagen vale más que mil palabras, igual que en el espejo la cámara tampoco miente. —dijo Zalema.

—No hay en ella intención mínima de engaño, —repuso con ímpetu Kamal—por eso las fotos donde quedamos feos las borramos, clave objetiva que muestra la verdad: la cara de Calibán cuando risueño acepta y cuando furioso no se acepta.

No hay que ser clarividente ni psicoanalista, para saber que entre las dos caras de la misma persona tomadas por la misma cámara, o vistas ante el mismo espejo, siendo una romántica y la otra realista, se tipifica una neurosis.

Una de ellas se siente digna de un amor frugal y libador, la otra inapetente para los cortejos de Cupido, aunque ambas correspondan a un mismo cuerpo.

Grabó todo el lugar con decenas de fotografías y observaron en la segunda plata la muestra de periódicos antiguos. Zalema oyó el sonsonete de Kamal chocar contra los muros, crónicas que aglutinaban en ladrillo y en papel la memoria de una insólita aventura.

Después, partiendo del parque caminaron en todos los sentidos, subiendo y bajando calles irregulares que jalaban hacia todas partes, anhelando intensamente ascender al peñasco y sentir de cerca las cascadas, donde se yergue con sus doce metros contados con la base, el imponente Cristo Rey en su escultura blanca.

Kamal otra vez sacó la cámara que llevaba entre su tula.

Al siguiente día, no encontraron guía para subir a Cristo Rey y pensaron subir solos. El ser mitológico entre la roca y la montaña que parecía parido por la tierra, ocultaba su faz a los viajeros.

No se detendrían para alcanzar el trono del coloso que vigila desde arriba, mirarían de cerca las cascadas fabulosas, leerían petroglifos en algunos puntos de la muralla orográfica y granítica, admirarían la forma geológica y pétrea de un tótem, la imagen rústica de un hombre milenario, la épica sombra de un pueblo dibujada, conocerían en el corazón de la piedra la rosa tamesina, y temblarían ante la imagen de Cristo Rey retando al infinito.

En suma, abrirían sus ojos penetrados por la vista maravillosa del Cartama.

La cortina de una nube cubrió el peñasco toda la mañana, llegó a estacionarse igual que un ave gigante de plumaje gris, ocultando entre su forma opaca la piedra con la imagen.

Antes de dirigirse a Jericó, volvieron a “Vegas del Cartama”. Saliendo del hotel con la mente embargada en fantasiosos pensamientos, Kamal pensó invitar a Alain a un tinto de cordialidad.

Este hombre hablaba con fluidez y abundancia de palabras como un árabe, en términos claros y sencillos, sin que sus interlocutores se perdieran en un laberinto de cuentos y de historias. Alain estaba con su Administradora en la mesa con sombrilla de la entrada.

Al llegar, coincidieron en aquel lugar con Pomarrosa que además era socióloga. No demoraron en tocar el tema de la pérdida de identidad de la etnia indígena en Colombia.

—Va a pasar lo mismo que en tiempos de Josías, el famoso rey, —dijo Kamal.

—cuando descubrieron después de décadas o tal vez siglos la antigua Ley hebrea, ocurrió de nuevo un renacer de la conciencia, y el pueblo al reconocer por primera vez la Luz, admitió que estaba sumido en la más negra noche.

El movimiento dialéctico de los tiempos, es lo que finalmente arbitra sobre los trances tenebrosos y de alienación.

Kamal miró a Zalema y a los otros que estaban con ellos a la mesa, y vio que lucían con vivo interés, lejos de aburridos.

Habiendo escuchado a Kamal con actitud discreta, Pomarrosa argumentó:

—Nuestra sociedad está dormida, de manera intermitente surgen luces, la ceguera interior se hace mucho más visible con las nuevas ideologías, que en lugar de suscitar un despertar, ahondan más la oscuridad.

Ahora el que más pueda pisotear las normas y vaya en contra del interés común, supuestamente es un individuo libre desarrollando su personalidad.

Mientras más transgresor se sea en el modus vivendi y el hablar, es non plus ultra, y se siente dizque emancipado de la Institución y de la Ley, y de lo arcaico y lo retrógrado.

Las mejillas y labios de Pomarrosa lucían como uvas maduras en la sombra, eran gajos en espera de un mordisco.

El desconsuelo que sintió Kamal por no poder subir con Zalema a Cristo Rey se transformó en “*Vegas del Cartama*”, imaginó aquellas uvas soberbias destilando zumo.

—Se creen libres, aunque sean igual de esclavos que generaciones anteriores, simplemente cambiaron el yugo de la religión y del estado por el de los narcóticos y la tecnología. — Arguyó espléndidamente el hotelero.

—Es el Eterno Retorno que formuló genialmente el filósofo. A la luz de los hechos, las dos generaciones comparadas son igual de oprimidas, diferentes tan sólo en los medios de opresión. — argumentó Pomarrosa entretenida.

—Dios no complace a la mayoría y no la llena, era preciso inventar un nuevo dios. —replicó Kamal.

Entonces concluyó Alain:

—La cuestión es: cuál de las épocas es menos esclava, en proporción a cuánto tiempo permanece conectada con un objeto que atraiga los sentidos. La condición humana se complace siendo esclava, y la libertad que grita no es más que cambiar de tiranía.

No era extraño descubrir en los Embera un proceso de aculturación que sumaba a su pérdida de identidad.

Aquellas Almas lucían más rústicas con las nuevas envolturas de la civilización. ¿Cómo podían ser originales en su modo de vivir, si los no indígenas a quienes querían imitar tampoco eran auténticos?

Agonizaba inexorablemente su cultura a la par que agoniza el sol de los mayas y los incas.

Después de reflexionar sobre el aspecto de los indígenas actuales, permaneciendo un poco más callado, Kamal volvió a pensar en un Poema.

Optó mejor por no alargarse más en ese tema, para no dar pie a una discusión que podía volverse bizantina.

Guardó sus pensamientos en un silencio hermético cargado de ironía, estaba seguro de expresarse con retumba de truenos y fuegos de dragón. Toda búsqueda es infructuosa entre las sombras de una noche lóbrega.

Tomó el libro, suma de fragmentos de sus años más recientes, entre las miradas de Pomarrosa y Alain que lo seguían como hincándose.

Zalema por su parte, se solazaba, sabiendo que sus palabras abrían puertas inconmensurables.

Al abrirlo, sintió que era igual a los Embera. Sus versos serían restos de una cultura extinta, y recitó con voz solemne, como un médico suministrando a un enfermo un potaje para levantar el Alma.

Procuraría recorrer después los mismos sitios sin otra carga que sus libros.

Había sido prolífico en sus creaciones, llegando a conclusiones rigurosas y profundas sobre sí mismo, profundizando de manera simple en lo complejo.

Sus versos llegaban a los oídos como un trueno, como un sismo dulce y afinado que provoca sacudidas y sentimientos dejando en suspenso el corazón.

En la noche, en la quietud y silencio del hotel, salió un rato con Zalema al mirador.

Se aquietó unos minutos en meditación, experimentó una extraña confianza al saberse detenido en un seguro, imaginando a los otros jugadores que venían detrás, y a los que ya habían coronado aquel firmamento tamesino.

David Ben Elohim.-

Del Libro de cuentos

Dieciocho Copas Tartarinas y una noche en Bardópolis.